

Palabras del Presidente de la República ante el deceso de su Santidad Papa Juan Pablo II
SANTIAGO, 2 de abril de 2005.

Chile, ante la partida del Santo Padre, tiene hoy un profundo sentimiento de respeto, de gratitud y de admiración.

Un sentimiento de respeto porque Juan Pablo II no sólo fue el Jefe espiritual de la Iglesia Católica, fue además un actor fundamental en este mundo contemporáneo, fue un guía espiritual para la humanidad, un luchador incansable por la paz, la libertad, la dignidad y los derechos humanos. También por los más necesitados y un luchador por el entendimiento entre pueblos y naciones.

Sus viajes pastorales, sus numerosas encíclicas, sus escritos alumbraron el destino de millones de hombres y mujeres en el mundo, un Papa que recorrió el mundo y llevó a todas partes su palabra e influyó como pocos en el cambio de la historia y levantó su voz cuando la voz de los que más sufren no era escuchada.

Por ello, su enorme presencia, por ello el dolor que causa su muerte.

Lo hace también con un sentimiento de gratitud, gratitud por el especial cariño que tuvo a nuestra Patria y que se expresó en horas sombrías y en horas de alegría. Ese cariño se plasmó en hechos y momentos inolvidables. En la mediación papal, ante el peligro de una guerra entre hermanos; en su mensaje de solidaridad, con nuestra aspiración de conquistar la libertad y construir la democracia; en su llamado dramático que "los pobres no pueden esperar". Y nos regaló momentos de alegría cuando canonizó a Teresita de Los Andes y luego al beatificar al querido padre Alberto Hurtado.

Y también, un profundo sentimiento de admiración hacia aquel que en Polonia, como Karol Józef Wojtila, mostró siempre coraje y convicción frente a las tormentas sociales y políticas que atravesaron el siglo XX. Aquel que, desde su Papado, puso toda su energía y tesón en luchar hasta el último minuto por iluminar la historia, la historia de nuestro tiempo, buscando abrir espacio a un mundo más solidario, más fraterno, más humano.

Sembró él, como pocos, la cultura del diálogo, en un mundo que es cada vez más global y más cercano.

Creo, por ello, interpretar a los 15 millones de chilenos al decir que hemos recibido con gran pesar la noticia de su muerte. Pero Juan Pablo II no se aleja de nosotros, su nombre se hizo parte de nuestra memoria, su pensamiento será una inspiración siempre presente para construir un Chile más justo y, entre todos, un mundo más en paz.

Como Jefe de Estado he transmitido a la Santa Sede las condolencias de todo Chile.
Muchas gracias.